

VÍCTOR MANUEL FERNÁNDEZ

LA IDENTIDAD ESPECÍFICA DEL CATEQUISTA

RESUMEN

El autor se pregunta por la identidad que distingue específicamente a un catequista, en orden a valorar mejor este ministerio y a orientar un discernimiento adecuado. Para ello, distingue cuatro niveles de identidad: cristiana, personal, cultural, y propiamente catequística. Estos cuatro niveles se dan unidos y en mutua conexión. Al referirse a la identidad específica, propone tres acentos y tres notas que caracterizan más directamente al ministerio catequístico.

Palabras clave: Catequesis, identidad, discernimiento, cultura, comunión, maestro.

ABSTRACT

The author questions about the catechist's specific identity, in order to valuate this ministry and point towards a reasonable discernment. To do so, he discriminates four identity levels: a christian, a personal, a cultural and a properly catechistic one. These four levels are united and connected to each other. While referring to the catechist's specific identity, the author emphasizes three modes and three aspects properly belonging to the catechist's ministry.

Key words: catechesis, identity, discernment, culture, communion, teacher.

¿Qué es un catequista? La respuesta parece obvia. Sin embargo, casi siempre lo que decimos de un catequista podría decirse de cualquier cristiano, o de un profesor, o quizás de una madre.

En la misión del catequista hay algunas notas distintivas, que son propias de su tarea. ¿Qué importancia tiene descubrir mejor qué es lo que distingue a un catequista de los demás? Permite apasionarse más con la misión que Dios ha regalado, porque ayuda a descubrir cómo la propia vida es transformada por esa misión. A su vez, ayuda a determinar cuál es la espiritualidad propia de un catequista, ya que es la misión la que determina las características de la propia espiritualidad, y no al revés.

La catequesis se convierte en una fiesta cuando el catequista siente que la identidad propia está tan marcada por esta misión que ya no puede entenderse plenamente a sí mismo sin ella.

Por otra parte, las personas llamadas a ayudar en el discernimiento de los carismas ajenos, como obispos, párrocos, etc., necesitan tener la mayor claridad posible a la hora de precisar la identidad específica de los distintos carismas y ministerios.

Pero no es posible hablar de identidad refiriéndose sólo a las notas distintivas o exclusivas que brotan de la tarea catequística, ya que la identidad de un catequista en realidad está integrada al menos por cuatro niveles distintos que deben considerarse unidos: la identidad cristiana, la identidad personal, la identidad cultural, y la identidad específicamente catequística. Veamos cada uno de ellos.

1. La identidad cristiana

Es cierto que antes de la identidad catequística está la identidad cristiana, que transforma y eleva la identidad humana. Alguien es catequista porque es cristiano. Y si bien esto es una riqueza que tiene en común con todos los cristianos, sin embargo también es parte de su identidad. Porque la identidad de alguien no está conformada sólo por lo que le permite distinguirse de los otros, sino también por lo que le une a los demás. Es riesgoso perfilar una identidad sólo por lo que establece una distinción, ya que esto fácilmente degenera en fanatismos. Y en realidad siempre es más lo que nos une que lo que nos separa. Por eso, tenemos que decir también que el ser cristiano no anula ni quita valor a la dignidad humana, propia de todos los que han sido creados por Dios a su imagen.

Siendo cristianos, compartimos con todos los seres humanos la misma dignidad humana fundamental. Es cierto que esa dignidad es perfeccionada y elevada por el Bautismo; pero, precisamente por la acción del Espíritu en el Sacramento, el bautizado es capacitado para reconocer mejor la inmensa dignidad de todo ser humano. La identidad cristiana asume esa dignidad humana que coloca al creyente en honda comunión con todos los seres humanos.

Detengámonos ahora en la opción cristiana del catequista, que establece una comunión con todos los que han hecho esa misma opción. La identidad cristiana del catequista está integrada por algunos elementos esenciales:

a) Podemos decir en primer lugar que un catequista es alguien que ama a Dios. Conviene decirlo, porque Dios es el sentido último de nuestras vidas. No podemos ignorar que hay catequistas que no están profundamente convencidos del amor que Dios les tiene, o que escapan de su presencia. Les gusta la tarea, se entregan a ella sacrificadamente, pero la viven al margen de su relación con Dios, que no es percibido como alguien que sostiene sus vidas amorosamente. Es necesario que el catequista reconozca el llamado permanente a una mayor y más profunda amistad con Dios.

Pero esto vale para cualquier cristiano, no sólo para un catequista. Se suele decir, en un brote de romanticismo, que un catequista es alguien “enamorado de Jesús”. Está muy bien. Pero eso mismo debería decirse de un monje, de un misionero, etc.

b) También es cierto que un catequista es alguien que ama a los hermanos. Vive el mandamiento nuevo y lo expresa a través de las virtudes y actitudes humanas más valoradas, como la amabilidad, el respeto, la honestidad, el diálogo, el servicio generoso. Vale la pena recordar la primacía del amor fraterno, ya que sin él “no soy nada” (Cf. 1 Cor 13, 1-4). Porque de hecho, hay catequistas que hacen de su tarea un refugio para escapar de los demás, porque no quieren comprometerse en el diálogo con los otros, porque no soportan al resto, porque no toleran que alguien discuta sus ideas, porque no saben trabajar comunitariamente. Pero entregándose a un pequeño grupo de niños donde nadie puede discutirles lo que dicen, encuentran cierta seguridad. Por eso, es bueno reconocer que, también para el catequista, el amor al prójimo es “el único precepto” (Gál 5, 14). Cada día el catequista tendría que recordar que “quien

aborrece a su hermano está en las tinieblas” (1 Jn 2, 11). La primera respuesta al amor de Dios es crecer siempre más en el amor a todos.

La santidad a la cual está llamado el catequista es siempre una santidad comunitaria y social, vivida en la comunión y en el compromiso por un mundo más justo y solidario. Hoy ya no podemos sostener una fe “carente de compromisos sociales estables y solidarios” (NMA 30)¹ Por eso mismo la espiritualidad ha de ser siempre una “espiritualidad de comunión” (NMI 43).

Pero esto vale para todos los cristianos, sin excepción. Por lo tanto, esto tampoco basta para decir qué es un catequista, aunque veremos luego de qué modo esto se vive particularmente en la catequesis.

c) Es verdad que un catequista es una persona profundamente mariana, que ora, que tiene su centro en la Eucaristía, que vive sus dificultades en unión con la Cruz de Cristo, que trata de dar buen testimonio. Todo esto es y debe ser cada vez más cierto. Porque es cristiano, y no puede ser catequista sin ser cristiano.

Pero todo esto, que vale para cualquier cristiano, no es suficiente para decir qué es lo que distingue a un catequista “como catequista”, de los cristianos que tienen otras vocaciones.

2. La identidad personal

Además de decir que un catequista es un buen cristiano, hay que afirmar que cada catequista tiene su identidad personal. Dios lo ha creado único e irreplicable. Tiene un nombre propio y Dios lo conoce, lo ama y lo llama con ese nombre.

Por eso no hay un molde común y existe una gran variedad de catequistas. Cada uno es cristiano y es catequista a su modo, con su sello personal.

Porque cada ser humano es directamente querido por Dios, con características que lo distinguen de todos los demás y con una historia personalísima.

1. SIGLAS utilizadas: AG es *Ad Gentes* (Concilio Vaticano II). EN es *Evangelii Nuntiandi* (Pablo VI). RMI es *Redemptoris Missio* (Juan Pablo II). NMI es *Novo Millennio Ineunte* (Juan Pablo II). DP es *Documento de Puebla* (III Conferencia General del Episcopado latinoamericano, 1979). NMA es *Navega Mar Adentro* (Conferencia Episcopal Argentina, 2003).

Cuando se entrega a la misión y se integra en una comunidad, no es necesario que copie exactamente el estilo, los gustos, las técnicas y formas de expresarse de los demás catequistas. Tendrá que desarrollar un modo propio de ser catequista, donde se exprese lo mejor de su forma de ser, de su estilo, de sus capacidades y carismas.

El llamado a vivir en comunión no anula la diversidad, sino que la promueve, porque esa diversidad vivida en el amor enriquece a la comunidad. Si un catequista no fuera él mismo, privaría a la comunidad y a los catequizandos de una riqueza que sólo él puede ofrecer, con su forma única de ser.

Ser fiel a la propia identidad es ser fiel al Dios amante que la creó. Pero para ello, es necesario volver siempre en la oración y en la vida a la convicción de ser amado por Dios personalmente, directamente, con una ternura infinita y un cariño indefectible. Porque es demasiado poco lo que nos conocemos a nosotros mismos,² y sólo Dios puede revelarnos claramente nuestra propia identidad personal, que sólo se nos manifestará plenamente en la gloria celestial.

3. La identidad cultural

En esa personalidad única, cada uno está marcado también por la cultura de la época y del lugar donde vive. Eso es sumamente importante para un catequista, que debe llegar a los demás allí donde están, valorando el estilo y las características propias del tiempo y del lugar donde Dios los ha puesto. Es lo que se llama la identidad “cultural” de la persona.

Esta identidad cultural está conformada por la cultura del tiempo y del lugar.

Sabemos que cuando los agentes pastorales reniegan de la cultura *del tiempo* que les toca vivir, se produce una nueva ruptura entre la Iglesia y el mundo. Eso sucedería si hoy no se asumiera el diálogo con la nueva cultura de la globalización.³ Porque “hay que atender hacia dónde se di-

2. Cf. M. SZENTMÁRTONI, “Identità personale. Un concetto ambiguo”, en *Orientamenti Pedagogici* 35 (1988) 440-450.

3. Cf. U. BECK, *La sociedad del riesgo*, Barcelona 1998; CELAM, *Globalización y Nueva Evangelización en América Latina y el Caribe*, Bogotá, 2003; J. E. STIGLITZ, *El malestar de la globalización*, Madrid, 2002.

rige el movimiento general de la cultura más que a sus enclaves detenidos en el pasado; a las expresiones actualmente vigentes más que a las meramente folklóricas” (DP 398). Por eso –insistía Pablo VI– la Iglesia, “sumergida en la sociedad humana”, que “la precede, la condiciona y la alimenta”, y debido a esta ineludible necesidad de estar encarnada, “no será nunca antisocial, antiestatal, anticultural, e incluso diría, *antimoderna*. La Iglesia no será nunca extranjera allí donde echa sus raíces”.⁴

Es cierto que hoy abundan antivalores, que hay mucho que sanar, purificar y elevar. Pero un catequista debe ser capaz de descubrir los valores y las inquietudes legítimas del tiempo que le toca vivir, porque es el tiempo de sus catequizandos. Por eso, no podrá ser un resentido con su época, destacando sólo lo negativo del mundo actual. De otra manera, no podrá partir de lo que viven sus catequizandos, de sus búsquedas valiosas y de su modo de vivir.

En nuestra época “postmoderna” se destacan algunos valores, como una sensibilidad particular ante la belleza (que invita a mostrar la hermosura más que a imponer verdades), un aprecio del diálogo y de la apertura, etc.

La identidad también tiene que ver con *el lugar* donde al catequista le toca vivir, que es el mismo lugar donde viven los catequizandos. Por lo tanto, deberá enamorarse de ese lugar y ser uno más, como lo fue Jesús en su tierra. Como todo evangelizador, el catequista está llamado a “inculturarse” en la tierra donde vive “con el mismo *afecto* con que Cristo se unió por su encarnación a las determinadas condiciones sociales y culturales de los hombres con quienes convivió” (AG 10), y entonces reflejará su fe “en el ambiente de la sociedad y de la cultura patria, según las tradiciones de la nación” (AG 21). De este modo, “por experiencia directa” (RMi 53) los agentes pastorales, “familiarizados con sus tradiciones nacionales y religiosas, descubren con gozo y respeto las semillas de la Palabra que en ellas laten”. Así pueden vivir la alegría de “advertir en diálogo sincero y paciente las riquezas que Dios generoso ha distribuido a la gente” (AG 11). Esto implica encarnarse en “las aspiraciones, las riquezas, los límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida que distinguen a tal o cual conjunto humano” (EN 63). Sólo así un catequista puede transmitir el Evangelio “de manera creíble y fructífera”; sólo así podrá “comprender, apreciar, promover y evangelizar” el ambiente donde actúen (RMi 53).

4. PABLO VI, Audiencia general del 19/07/1967.

En Córdoba, un catequista deberá ser bien cordobés, en Salta deberá ser marcadamente salteño, etc. Su identidad debería estar embellecida por lo mejor de su tierra, por esas notas culturales que distinguen también a sus catequizandos.

Sin embargo, esta identidad cultural local, no niega ni rechaza la vocación universal que tiene como ser humano y como cristiano, sino que es complementaria a ella. En realidad, podríamos decir que el 90 % de cualquier ser humano, está constituido por realidades comunes con toda la humanidad, y sólo un 10% de su realidad personal está conformado por notas exclusivas de la cultura local.

4. La identidad catequística

Veamos ahora qué es lo que distingue a la catequesis de las demás tareas que se realizan en la Iglesia. Sólo eso nos permitirá captar qué es lo que distingue a un catequista de los demás cristianos.

Esto no tiene la finalidad de pensarlo separadamente de los otros cristianos, sino que permite reconocer al catequista como un don peculiar para los demás.

Si hay algunos elementos que distinguen a un catequista de cualquier otro cristiano, esos elementos deben surgir *de su misión*. Su tarea diferente es la raíz de las características que lo distinguen.

A partir de la tarea catequística podemos captar algunos acentos y algunas notas específicas del catequista:

Los *acentos* son características comunes con los demás cristianos, pero que en un catequista necesitan ser remarcadas.

Las *notas específicas* son modos de explicar cuál es la misión propia y distintiva de un catequista.

a) Acentos:

- Dedicación a la *Palabra*:

Todo cristiano está llamado a conocer y amar la Palabra de Dios, a meditarla, a dejar que ilumine su vida, y a comunicarla a los demás. Pero en el catequista hay un llamado *especial* a estar cerca de la Palabra. Se puede comprender que un obrero o un ama de casa no dispongan de tiempo necesario y no se detengan todos los días ante esta Palabra. Pero eso no es aceptable en un catequista. Porque es la Palabra, y no cualquier ense-

ñanza, lo que debe comunicar en la catequesis. Aun cuando el catequista trate de fomentar nuevos comportamientos, siempre se tratará del estilo de vida que propone la Palabra de Dios. Por eso es indispensable que el catequista *dedique bastante tiempo* a la Palabra, para estudiarla, para meditarla, para orar con ella, para buscar los modos de transmitirla, etc.

- Marcada *identificación* con lo que se trasmite:

Otros acentos brotan de la tarea específica que realice como catequista. Si su acción catequística verdaderamente se encarna, entonces su propia identidad se dejará transformar por los destinatarios de esa actividad. No es lo mismo un catequista que prepara niños para la primera comunión que un catequista que organiza cursos de formación para adultos. En el caso del catequista de primera comunión, por ejemplo, es evidente que esta tarea debería convertirlo en un ser profunda y peculiarmente eucarístico. Si es un catequista que prepara para la confirmación, eso deberá manifestarse en un especial afecto a la persona del Espíritu y a su acción en el ser humano. En el fondo, lo que estamos diciendo se sintetiza en lo siguiente: El catequista hace carne aquello que permanente y repetidamente tiene que comunicar a los catequizandos. Vive de un modo destacado aquello que más le preocupa transmitir.

- Pasión por la *comunión* fraterna:

Las notas específicas de la identidad de todo cristiano, que vimos al comienzo, se acentúan de un modo distintivo al recibir la marca de la tarea catequística. Por una parte, su amor al Señor es transformado por su misión propia, porque el catequista tiende a amar a Dios a su manera; es decir, contempla y ama a Jesús particularmente como Maestro. Acepta a Jesús como su propio Maestro dejándose enseñar por él, y le cautiva contemplar a Jesús en el Evangelio con todas sus actitudes de pedagogo. El catequista es maestro siendo siempre discípulo.

También el amor al prójimo es transformado por la misión, ya que el catequista tiene un llamado particular a promover la comunión: en primer lugar, el mismo ministerio catequístico no le pertenece individualmente sino en la medida en que forma parte de una comunidad catequística, que discierne comunitariamente, planifica, trabaja y evalúa comunitariamente, crece comunitariamente, se santifica comunitariamente. El ministerio catequístico bien entendido sólo puede ser ejercido comunitariamente. Y ya que la catequesis procura que el catequizando crezca en sentido comunitario, se integre cordialmente a la Iglesia y viva el amor al

prójimo en un compromiso comunitario y social, el catequista debería ser modelo de vida comunitaria. Este acento parece ser particularmente importante hoy, ya que la tentación del individualismo se ha acentuado.

b) *Notas específicas del ministerio catequístico:*

Las tres notas que propongo ahora para distinguir a un catequista sólo pueden percibirse como distintivas de la misión catequística si se las entiende unidas e iluminándose mutuamente, no separadas:

- Es apóstol del *crecimiento* cristiano a la luz de la Palabra.

Esta es la primera nota de la tarea catequística. Su misión no es principalmente acercar ayudas a los pobres, ni organizar las celebraciones litúrgicas, ni ocuparse de la restauración del templo, ni discernir cuáles son los carismas de los demás, ni asesorar espiritualmente a las parejas en crisis. Como buen cristiano puede prestar su ayuda en esas tareas, y ocasionalmente su misión le exige hacerlo; pero esas no son las actividades que los distinguen “como catequista”.

Tampoco es un distintivo del catequista acercar a la Iglesia a los que están lejos, ni procurar convertir a los pecadores. Su tarea no es acercar el primer anuncio a los que rechazan a Jesús ni evangelizar un barrio donde no hay ninguna comunidad cristiana.

La tarea del catequista propiamente comienza allí donde ya se realizó un primer anuncio de Jesucristo y donde las personas ya tienen fe, aunque esa fe sea débil. Precisamente, el catequista se hace presente para *hacer crecer* esa fe, para alimentarla con la Palabra de Dios y lograr que la persona llegue a la plenitud de su encuentro con Jesucristo en la Eucaristía, en la Confirmación, en un mayor compromiso, en una mejor integración comunitaria, etc.

Por eso podemos decir que el catequista es un apóstol del crecimiento. Su pasión es ayudar a hacer crecer eso que el Espíritu Santo ya ha sembrado en los corazones, para que llegue a la plenitud.

Pero el instrumento que utiliza el catequista para fomentar este crecimiento es en primer lugar la Palabra de Dios. Todo lo que hace se orienta a lograr que las personas se dejen iluminar por esa Palabra y así puedan madurar y entregarse más.

Esta plenitud cristiana que busca la catequesis implica procurar que los catequizandos adquieran progresivamente la capacidad de leer los signos de los tiempos y los procesos históricos a la luz de la Palabra, de ma-

nera que puedan interpretar el tiempo que viven y cooperar activamente en el desarrollo del Reino de Dios. Es decir, no se trata de un crecimiento individualista o intimista, sino de un desarrollo con marcadas características comunitarias y sociales.

Puesto que procura esto en sus catequizandos, él mismo está permanentemente abierto al crecimiento y participa activamente en la construcción del mundo nuevo que crece hacia la plenitud del Reino.

- Es apóstol de un *pequeño rebaño*.

Otra nota distintiva del catequista es que su misión se dirige a un *grupo reducido y constante* de personas que acompaña durante un período más o menos prolongado. Esto le permite crecer en una relación cercana e íntima, alimentada por una frecuencia generalmente semanal. El sacerdote normalmente no tiene de esas personas el conocimiento que posee el catequista, porque no puede tratar a todos los fieles de una parroquia o de un colegio con esa misma frecuencia.

El catequista no alimenta el crecimiento de los demás con la Palabra a través de la homilía, sino en el encuentro catequístico. Es cierto que la homilía es una forma de catequesis –y debería ser cada vez más “catequística”–. Pero la homilía normalmente se dirige a un grupo más amplio de personas y se desarrolla en el contexto de una celebración litúrgica. El catequista desarrolla su misión en un encuentro más personalizado siguiendo los pasos del encuentro catequístico, que supone una motivación adecuada donde los catequizandos asumen un papel más activo, y una aplicación comunitaria del mensaje.

La dedicación más cercana a ese grupo reducido de personas, hace que vaya creciendo una verdadera amistad con ellos, en un trato muy personalizado, dialogal y frecuente que un sacerdote no podría tener con los miles de miembros de una parroquia.

- Es un *maestro*.

Cuando comunica la Palabra a ese pequeño grupo, el catequista no es un disertante, un genial investigador que explica su ciencia. No es un catedrático que lee sus apuntes profundísimos, ni es un especialista que trata de demostrar sus argumentos. El catequista es un *maestro*, un pedagogo que dedica la mayor parte del tiempo a preparar los corazones con una ambientación correcta, con una motivación adecuada; y luego de una breve exposición, procura llevar a los catequizandos a reaccionar ante la Palabra expresando lo que han recibido en alguna aplicación práctica,

personal y comunitaria. Transmite la Palabra con el método y las actitudes del docente.

Por otra parte, el catequista es un docente, pero no al modo de un profesor de teología, que dedica una buena parte de sus horas de clase a exponer, y que debe dar prioridad a los contenidos. Si bien la tarea del docente de teología puede ser más o menos pedagógica, participativa, con una dimensión espiritual y existencial, sin embargo siempre deberá explicar contenidos conceptuales con profundidad teológica, deteniéndose a exponer los fundamentos y la lógica de sus afirmaciones. En el catequista esto no es ciertamente lo principal (aunque en una catequesis de adultos deba estar más presente algún desarrollo especulativo).

En la catequesis interesa asegurar unos contenidos básicos, pero en cada encuentro catequístico –sin excepción– se procura que las personas tengan ante todo un encuentro personal y comunitario con la Palabra de Dios que profundice su conversión y las oriente a crecer en la oración y en un mayor compromiso cristiano.

En este proceso tiene gran importancia la metodología, el uso de recursos, dinámicas, motivaciones, aplicaciones, formas de oración, signos, etc. Se trata de que los contenidos básicos que se pretende transmitir sean fácilmente captados y valorados por los catequizandos. De hecho, cuando se usa el adjetivo “catequístico”, normalmente queremos decir que es algo fácil de comprender, claro y atractivo.

Sin embargo, cuando hablamos de un ministerio catequístico, todo esto implica también un horario fijo de trabajo, un orden y una planificación, como debe hacer cualquier buen “maestro”. Es cierto que una madre también es catequista a su manera, y es necesario que así sea. Es más, podemos decir que es la primera catequista. También es cierto que en el pueblo de Dios hay muchas formas valiosas de catequesis “popular”, espontánea, no organizada. Pero cuando hablamos de un “*servicio o ministerio* catequístico” pensamos en una catequesis organizada y constante, que implica una continuidad, un orden, una preparación, una metodología propia y una planificación propia de quien asume la función de “maestro”.

Mencionemos otras características que el catequista tiene en común con todo maestro:

La *paciencia* con las debilidades, los tiempos, el ritmo y el proceso de cada uno, sabiendo que todo crecimiento verdadero requiere mucho tiempo. La *adaptación* a la forma de ser, a las ideas, a los gustos y expe-

riencias de cada uno, partiendo de lo que los demás están viviendo. La *creatividad*, para buscar constantemente formas nuevas y mejores de transmitir la Palabra, para formarse permanentemente en nuevos recursos, para encontrar ejemplos más claros, motivaciones más bellas, maneras más adecuadas de tratar a los demás, etc.

Evidentemente, esta nota distintiva del catequista no puede separarse de las otras, porque él no es cualquier maestro, sino un docente o pedagogo que busca el crecimiento cristiano de los catequizandos a la luz de la Palabra. Es decir, vive la catequesis como un modo de desarrollar el diálogo de la salvación. Procura que el catequizando se integre en la historia de salvación del Pueblo de Dios, escuchando la Palabra, entrando en un diálogo cada vez más intenso con Dios, dejándose transformar por el Espíritu, y transformando comunitariamente la historia.

5. Unidad personal y conexión entre los niveles de identidad

Insisto en que estas tres notas distintivas deben pensarse unidas para que se iluminen mutuamente, porque el catequista no es cualquier maestro, sino un apóstol del crecimiento cristiano a la luz de la Palabra. Además, también el sacerdote puede ser maestro a su modo a través de la homilía, pero el catequista se dirige a un pequeño rebaño, etc.

También los cuatro niveles de identidad que hemos presentado deben entenderse inseparablemente unidos e íntimamente conectados, porque es el único modo de pensarlos adecuadamente y de vivirlos bien. Los cuatro niveles de identidad se compenetran en la unidad de la persona, en el único “yo” del catequista.

Sin embargo, podríamos preguntarnos: ¿Qué está primero, la identidad cristiana o la identidad catequística?

Es una pregunta difícil de responder. Diríamos rápidamente que sin lugar a dudas lo primero es ser cristiano. En el amor a Dios y al prójimo, más que en una tarea, se realiza el sentido último de todo ser humano.

Pero la respuesta varía cuando nos preguntamos por el peso que tiene la misión en la existencia cristiana de una persona. La teología de la misión tiende a remarcar que la vida misma de cada persona en la tierra es una misión; que todos los aspectos y experiencias de la existencia en este mundo se orientan al cumplimiento de esa misión. La misión no es un apéndice del ser personal y de la vida cristiana, sino que lo atraviesa todo desde lo

más profundo. La misión es un modo de ser y un modo propio de ser cristiano. Por eso, cada uno tiene una modalidad propia de amar a Dios y al prójimo que procede de las notas específicas de la propia misión.

Un dualismo entre la tarea por una parte, y la propia identidad y privacidad por otra, termina siempre debilitando el fervor y el entusiasmo en la actividad. Por eso es necesario alimentar esta convicción: “*Estoy en esta tierra para cumplir una misión, mi vida en esta tierra no se entiende sin esa misión que Dios me confía*”.

Por otra parte, no se puede decir que alguien es buen catequista sólo por su habilidad o por su metodología, si no es al mismo tiempo un buen cristiano: si no vive en amistad con Dios y no realiza su tarea en comunión con los demás. Pero esas características propias de todo cristiano tienen en los catequistas algunas manifestaciones *específicas*. Por ejemplo, el espíritu de comunión que se espera de cualquier cristiano, en el caso de los catequistas debería expresarse necesariamente planificando juntos y evaluando juntos la catequesis.

En esta misma línea debería profundizarse la espiritualidad catequística. Lamentablemente, cuando se habla de la espiritualidad del catequista suele decirse lo mismo que podría afirmarse de un sacerdote, una religiosa, o un monje. Porque se sostiene que la espiritualidad del catequista está integrada por la oración personal, la lectura de la Biblia, la Eucaristía, y suele agregarse la Liturgia de las Horas. Pero de este modo no se habla de una espiritualidad *específica* del catequista, ni siquiera de una espiritualidad, sino sólo de algunos *medios* de espiritualidad. La espiritualidad que caracteriza a un catequista, como cualquier otra espiritualidad cristiana, está *marcada por las notas propias de su misión*. No se trata de espacios de espiritualidad vividos al margen de esa misión, como si uno hiciera un paréntesis íntimo para dedicarse a Dios, y la tarea catequística no fuera algo “espiritual”. Porque en definitiva, lo “espiritual” es *el impulso del Espíritu Santo que nos mueve al amor*. Y ese impulso de amor se vive tanto en la soledad como en el encuentro con el hermano, tanto en el recogimiento como en la actividad.⁵

Por eso, cuando el catequista tiene un momento de contemplación en la oración, eso que contempla permanece en su corazón cuando va a dar catequesis, y lo vive *en la misma actividad catequística*. Es más, eso

5. He hecho un desarrollo más amplio y completo sobre este tema en mi libro *Actividad, espiritualidad y descanso*, Madrid, San Pablo, 2001.

que se contempla en la oración se hace más maduro cuando pasa a la acción; se enriquece, se expresa, se aplica, se profundiza, se proyecta, crece y madura en el ejercicio de su ministerio catequístico.

Se trata de una espiritualidad totalizadora, que se vive tanto en la intimidad como en la acción, tanto en el silencio como en la palabra, tanto en la soledad como en el encuentro catequístico. La espiritualidad del catequista es un modo específico de amar, y por lo tanto es su propia manera de ser “espiritual”. En este sentido, es imposible afirmar que es cristiano antes que ser catequista, ya que en él la identidad cristiana y la identidad catequística son inseparables.

También podríamos plantearnos si lo primero es la identidad personal o la identidad cristiana. Pero no es posible separarlas. Podemos decir que, creciendo en la vida cristiana, cada uno es más “él mismo”, porque ha sido creado por Dios para identificarse con Jesucristo de un modo único y personal. Por lo tanto, las fibras más íntimas de su ser personal están marcadas por este llamado a vivir como Jesús. Por otra parte, no se puede ser cristiano sino de un modo único y personal, que responda a la realidad concreta de cada uno. Porque el Evangelio y la gracia se encarnan siempre en la identidad real de la persona.

Decimos entonces que es inadecuado preguntar cuál de los cuatro niveles de la identidad está primero, ya que los cuatro se sostienen y se fundamentan entre sí en la única identidad de la persona.

Invito a seguir reflexionando sobre esta cuestión, de manera que entre todos podamos reconocer mejor el *perfil propio* del catequista, dentro de la variedad y riqueza de vocaciones que el Espíritu Santo suscita en la Iglesia (NMI 46).

VÍCTOR MANUEL FERNÁNDEZ

10-03-2004